

HARITZ LARRAGETA

ANNA KOPEK

y la pócima de la reina

ILUSTRACIONES

Marko | Maëla



erein

ANNA KOPEK

y la pócima de la reina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: septiembre 2023

Título original: *Anna Kopek eta erreginaren edabea*

Diseño y maquetación: Erein argitaletxea

Ilustraciones de portada e interior: Marko | Maëla

© de las ilustraciones Marko | Maëla

© del texto Haritz Larrageta

© de la traducción Irati Iturrutza

© de esta edición EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-892-8

D.L.: D 401-2023

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu

Zubillaga industrialdea 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

e-mail: gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

HARITZ LARRAGETA

ANNA KOPEK

y la pócima de la reina

ILUSTRACIONES

Marko | Maëla

erein

I

Francia



—¿Quiénes jugarán la final? —preguntó Jokin.

—Países Bajos y Estados Unidos —contestó Uxue.

—¿Y las estadounidenses son buenas?

—Sí, en fútbol femenino son de las mejores. ¿Es que no has hecho caso ni a un solo partido?

Jokin se encogió de hombros, en señal de lo poco que le interesaba el fútbol.

Había pasado casi un año desde que relataron en el blog de Anna Kopek las aventuras en Moscú, y ahora se encontraban en la ciudad francesa de Lyon.

Antes de eso pasaron tres semanas en París, porque su madre tenía que cubrir los partidos iniciales de la Copa del Mundo; pero como los cuartos de final y la final se jugaban en Lyon, tuvieron que trasladarse.

En París, mientras su madre trabajaba, los hermanos se pasaban el día de aquí para allá con su tía Leire que, como había estudiado allí de joven, conocía la ciudad a la perfección. Gracias a ella, pudieron visitar no solo los lugares más turísticos sino también muchos otros rincones peculiares: la Cité du Figuiier, la casa de Nicolas Flamel... Ellos se fueron a Lyon, pero su tía tuvo que volverse a Pamplona porque se le habían terminado las vacaciones. A partir de entonces, pasearon por la vieja ciudad junto a su madre en alguna que otra ocasión; aunque, a decir verdad, pasaban la mayor parte del tiempo en el hotel.

—Entonces, ¿vendréis conmigo a ver la final?
—les preguntó su madre.

Los hermanos se miraron, y respondieron al mismo tiempo:

—Sí. —Uxue lo dijo alegremente, y Jokin con desgana.

Su hermana lo abrazó, porque sabía que lo hacía por ella.

—Va a ser increíble, ¡ya lo verás! —le prometió.

* * *

Uxue tenía catorce años, y Jokin diez. Habían pasado todo el último curso recordando la aventura del verano anterior. Pero Uxue, que estaba en su segundo año de secundaria, se había puesto las pilas con los estudios, y su esfuerzo se vio reflejado en las notas. Además, siguió jugando al fútbol y al ajedrez tan bien como siempre. El curso de Jokin, una vez más, transcurrió entre dibujos. A final de trimestre, el profesor, algo preocupado, le explicó a su madre: «Se pasa casi todas las mañanas enfrascado en sus dibujos». Su madre le pidió que prestara más atención, pero en realidad no le preocupaba: conocía bien a su hijo y sabía que, aunque estuviera concentrado en dibujar, de vez en cuando ponía la oreja y captaba la idea general de la clase. Al menos, la mayor parte del tiempo. En casa hacía lo mismo, y al final se quedaba hasta tarde con sus cómics; a Uxue le pasaba lo mismo con la lectura. Pero en ese aspecto su madre

también era bastante permisiva, porque ella era exactamente igual: podía pasarse horas y horas leyendo sin prestar atención al reloj.

El Parc Olympique, el campo de fútbol de Lyon, estaba abarrotado aquel siete de julio.

—¿Cuántas personas caben aquí?

—Casi sesenta mil —le contestó Uxue.

La primera parte estuvo muy disputada. A los quince minutos de empezar la segunda, el partido se paró de golpe.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué están todos quietos? —preguntó Jokin.

—La árbitra quiere volver a ver la jugada —respondió su hermana.

—¿Volverla a ver? ¿Cómo?

—Si la árbitra tiene dudas en alguna jugada importante, puede pedir ver la repetición. —Uxue se calló durante unos instantes, con la mirada fija en lo que estaba pasando—. ¡Mira! ¡Ha decidido que es penalti!

Al final, Estados Unidos ganó 2 a 0; volvían a ser las campeonas del mundo. Como ellos estaban sentados en una zona donde sobre todo había neerlandeses, pudieron salir tranquilamente del campo.

De camino al hotel, su madre les explicó en qué consistiría el viaje del día siguiente. Tendrían que ma-
drugar para ir al aeropuerto.

—El avión a Viena sale a las diez de la mañana.
El vuelo dura menos de dos horas. Pasaremos cua-
tro horas en el aeropuerto. Y después...

—¿Cuatro horas? —se quejó Jokin.

—Sí, cariño, lo siento —le respondió ella, apre-
tando los labios y mirando a su hijo con ternura.

—Ya se nos ocurrirá algo para matar el tiempo
—le susurró Uxue por lo bajo, pero su hermano no
parecía estar muy convencido.

A las seis y media de la mañana, su madre corrió las
cortinas con un rápido movimiento. Uxue se movió
un poco más despacio, y fue abriendo los ojos. Jo-
kin seguía durmiendo, y un hilo de baba le caía de
la boca, manchando la almohada. Al verlo, su ma-
dre y su hermana se sonrieron.

—¿Te encargas tú? —le preguntó su madre.

—Yo me encargo.

Uxue se acercó a la cama de su hermano, al lado
de su espalda. Agarró el borde del colchón, cerró los

ojos y tomó aire. Entonces empezó a sacudirlo lo más fuerte que pudo.

—¡Terremotooooo! —le gritó a su hermano, que seguía dormido.

Sacudió tan fuerte la cama, y le dio un susto tan grande, que Jokin se cayó al suelo. Desde la otra punta de la habitación, su madre no lograba contener la risa. Con la mirada, trató de decirle a su hija que se había pasado. Sin conseguir abrir los ojos del todo, Jokin levantó la cabeza por encima del colchón. Uxue se tapaba la boca con la mano, intentando ocultar su amplia sonrisa, mientras miraba a ambos lados.

—Me vengaré, no te preocupes —le dijo Jokin, y ella se echó a reír.

—Mientras piensas en tu venganza, ve vistiéndote —lo interrumpió su madre—. Desayunaremos en el aeropuerto.

Cuando bajaron a recepción, el taxi ya estaba esperándolos.

—¡Mira! ¡El aeropuerto se llama Antoine de Saint-Exupéry! —observó Uxue de camino.

—¿Y ese quién es? —le preguntó Jokin.

—No has leído *El principito*, ¿verdad?

—No...

—Además de escritor, también fue piloto; puede que por eso le hayan puesto su nombre al aeropuerto. —Se detuvo un momento, pensativa—. Creo que murió durante la Segunda Guerra Mundial.

—Sí, su avión se cayó al mar —aclaró su madre—. Era joven.

Al final llegaron al aeropuerto. Pasaron por todos los controles y fueron a desayunar. Les pareció un desayuno genial, pero no pudieron acabárselo; el avión los estaba esperando. Cuando despegaron, Jokin agarró la mano de su hermana con más fuerza que de costumbre, y no la soltó hasta que se apagó la luz que indicaba que debían atarse los cinturones de seguridad. Lo de Saint-Exupéry no le ayudaba a calmar el miedo que solía tener cada vez que viajaban en avión. Su madre se dio cuenta, y se arrepintió de haber dado tantos detalles. Tenían por delante un viaje de dos horas hasta llegar a Austria. En Viena tenían que coger otro avión a Egipto, porque allí se celebraba la Copa Africana de Fútbol Masculino.

—Mira, Jokin, eso de ahí son los Alpes. ¿No te parecen alucinantes?

Ya en el aeropuerto de Viena, Uxue se encargó de buscar algo que los entretuviera. Su madre se sentó a trabajar en una cafetería, mientras tomaba un café.

—No te preocupes, *ama*. Es imposible que nos pase algo aquí dentro. Y ya sabemos dónde estás; si nos perdemos, alguien nos dirá cómo llegar hasta aquí.

Su madre estaba demasiado ocupada como para empezar a pensar en algún argumento en contra, y los dejó marchar.

Dieron una larga vuelta y entraron en algunas tiendas, pero no encontraron nada especialmente interesante. Al final, se sentaron en unos asientos; uno al lado del otro, y vieron las idas y venidas de los aviones. Los había de muchas compañías, colores y tamaños; algunos aterrizaban y otros despegaban.

De pronto, una mujer joven se sentó al lado de Uxue. Al principio no se fijaron en ella.

—Hola, Anna Kopek —les dijo.

Estaban alucinando. Era la primera vez que los llamaban de aquella manera, con el seudónimo que eligieron para contar lo de las matrioskas.

—¡Dasha! —exclamaron los dos.

Había pasado más de un año desde que se vieron en Moscú.

—¿Cómo está Anna? —le preguntó Uxue en inglés.

—Bien. Está en su casa, inmersa en una investigación... —Paró de hablar repentinamente, y fue al grano—: Me gustaría quedarme hablando con vosotros, pero no tengo mucho tiempo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Uxue. Jokin seguía la conversación a duras penas.

—Necesitamos vuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda?

—Sí. —Por un momento, se quedó observando a los hermanos—. Quien ordenó que robaran las matrioskas ahora quiere conseguir algo que está en Egipto.

—¿Y quién es?

—No puedo daros muchos detalles ahora.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Lo siento, pero todavía no puedo contaros nada. ¿Nos ayudaréis?

—¿Tenemos otra opción?

—Nosotros no la tenemos —confesó Dasha, con una sonrisa que les pareció un poco triste.

—Hay que ayudarles —decidió Jokin.

Dasha los miró agradecida. Sacó un viejo libro de su bolsa y se lo entregó a Uxue. Estaba en inglés.

—Esto os será de ayuda —dijo, y suspiró—. Disculpadme, me gustaría quedarme con vosotros, pero me tengo que ir.

Se incorporó, les acarició las mejillas y antes de marcharse se despidió de ellos en euskera, deseándoles buena suerte.